

la que estuvo un año en compañía de S. Pedro, hasta que coronó su gloriosa vida con una preciosa muerte, recibiendo la corona del martirio. Fueron martirizados los dos Apóstoles en un mismo día y en un mismo año, que fué el 68 del nacimiento de Cristo. Dícese que corrió leche en lugar de sangre de su santa cabeza separada del cuerpo, y que el verdugo que se la cortó, con otros dos soldados, se convirtieron á vista de aquella maravilla. Es también antigua tradición que en el lugar donde se ejecutó la sentencia brotaron tres fuentejillas, que se conservan corrientes hasta el día de hoy.

Tenemos catorce epístolas de S. Pablo, en las que podemos decir se contiene toda la religion y toda la doctrina cristiana; pero se debe observar que no están colocadas segun el orden cronológico de los tiempos. Pónense las primeras aquellas que dirigió á todos los fieles de alguna particular iglesia, y despues las que escribió á sugetos particulares. La primera es á los romanos, escrita desde Corinto el año 57. La segunda es la primera á los corintios desde Efeso en el mismo año. La tercera es la segunda á los mismos desde Macedonia algunos meses despues. La cuarta es á los galatas desde Corinto ó desde Efeso, año de 56. La quinta á los efesios desde Roma el primer año de su primera prision. La sexta á los filipenses desde el mismo lugar, y casi con la misma data. La séptima á los colosenses desde Roma el año de 62, uno posterior á la antecedente. La octava es la primera á los tesalonicenses, y fué la primera de todas las que escribió hallándose en Corinto el año 52. La nona es la segunda á los mismos desde el mismo lugar, y poco tiempo despues que la primera. La décima es la primera que escribió á Timoteo desde Macedonia, por los años de 59. La undécima es la segunda al mismo, durante su prision en Roma. La duodécima es la dirigida á Tito, desde Nicópolis el año de 64. La décimatercia es la escrita á Filemón desde Roma, año de 61. Y la última es la epístola á los hebreos ó judios convertidos de Jerusalem y de la Palestina, desde Roma, poco despues que recobró su libertad. En todas estas epístolas, además de contenerse toda la medula de la moral y de la doctrina cristiana, resplandece el tierno amor que el Apóstol profesaba á Jesucristo, cuyo dulcísimo nombre repite en ellas á cada paso.

SAN MARCIAL, LLAMADO EN VULGAR CATALAN SAN MARSAL.

El bienaventurado S. Marcial fué hebreo de nacion, y segun conjeturas, de la provincia de Galilea, pariente del glorioso protomártir S. Esteban, y uno de los setenta y dos discipulos que eligió nuestro Señor Jesucristo. Recibió el bautismo del apóstol S. Pedro, cuyo compañero fué despues, y aun segun la sangre deudo muy cercano; y yendo en su compañía fueron los dos á Roma. Despues S. Pedro movido por particular revelacion le envió á Limoges y á otras provincias de Francia para predicar la palabra de Dios y convertir aquella gente á nuestra santa fe: de suerte que este bienaventurado Santo fué el primer obispo de dicha ciudad Lemonicense. Vio pues á Francia acompañado de S. Amador y de Verónica, mujer muy familiar de Maria Santísima. S. Amador hizo vida solitaria en una peña que hasta ahora se dice la Roca de S. Amador; y Verónica siguió á S. Marcial hasta Burdeos, donde predicó el Santo la palabra de Dios, y convirtió gente innumerable á nuestra santa fe. Sus sermones no solamente eran palabras, sino tambien obras, de tal suerte que iba á pié descalzo ayunando todos los días á pan y agua, y acompañaba su predicacion con grandes milagros. Aconteció que caminando por Francia se le murió un sacerdote compañero suyo, que le habia dado S. Pedro, á cuya causa volvió á Roma para dar relación de ello al apóstol. S. Pedro dióle su báculo, para que le pusiese sobre el sepulero del difunto; hizolo así S. Marcial, y luego resucitó el muerto, y por esto se dice que el sumo pontífice no usa de báculo, porque lo concedió á S. Marcial. S. Antonino refiere que se guarda este báculo en una iglesia de Francia, y que cuando el papa reside en aquella ciudad usa de báculo pastoral. Pero no dice en qué villa ó ciudad está esta reliquia del báculo. Es verdad que Guillermo Baldesano dice que es Tréveris, y Sto. Tomás tambien. Pero no hablan nada de S. Marcial, sino de S. Euquerio y de Paterno y Valerio. Llegado el Santo á la ciudad de Limoges, fué recibido en casa de una noble señora llamada Susana, y allí curó el Santo un frenético. Sucedió que yendo Marcial al teatro de la ciudad fué preso por los sacerdotes de los idolos, y muy maltratado, de tal suerte que pusieron en él las manos con mucha crueldad y despues lo llevaron á la cárcel. El día siguiente estando en oracion, vino una grande luz, y quebráronse las cadenas de los encarcelados y las puertas se abrieron por sí mismas.

Viendo los que estaban allí presentes tan gran milagro, pidieron y recibieron el bautismo. Mas no quedaron sin castigo los sacerdotes de los ídolos, porque bajó un rayo del cielo sobre ellos que les dejó allí muertos. Asombrado el pueblo de tan terrible castigo rogó al Santo que pues en el nombre de Dios hacia tantas maravillas, resucitase tambien aquellos sacerdotes que el rayo habia muerto. El glorioso Santo no acordándose de la injuria que le habian hecho, hizo oracion por ellos y al punto resucitaron. Los de la ciudad vista tan gran maravilla convirtiéronse á nuestra santa fe, de tal manera, que recibieron el bautismo doce mil de ellos.

Murió aquella buena mujer llamada Susana, que habia recibido al Santo en su casa, y quedó una hija suya llamada Valeria, la cual hizo voto de castidad. Y entendiendo esta buena señora que su voto habia de disgustar al señor de aquella provincia, dió toda su hacienda á los pobres. Vino despues dicho príncipe, y no queriendo Valeria casar con él, fué degollada, y su santa alma llevada por los ángeles al cielo, como lo vió el mismo sayon que la degolló. El general del ejército que los emperadores tenian en aquellas partes, habiendo entendido esta maravilla, tuvo gran respeto al siervo de Dios y deseó verle, y así le rogó que viniese á visitarle, porque tenia gran deseo de hablar con él. Hizo asi Marcial, y en su presencia hizo un gran milagro con un criado de aquél (segun se entiende de lo que de él escribió san Antonino), que fué resucitarlo despues de muerto; lo cual visto por el general recibió con muchos otros el bautismo. Fué despues este caballero devotísimo, de tal suerte que siendo llamado con su ejército para Roma por mandato del emperador, y llegado allá, habiendo puesto fin á lo que le fué mandado, se fué á visitar al apóstol S. Pedro á pié descalzo, y vestido de cilicio, pidiendo perdon de sus culpas, y contóle su conversion.

Son innumerables los milagros que Dios nuestro Señor obró por S. Marcial, curando enfermos, echando los demonios de los cuerpos humanos, y habiendo salido de ellos les hacia aparecer delante la gente en figura humana, para que entendiesen el valor de la ley que predicaba. Resucitó tambien seis muertos, é hizo muchos prodigios, teniendo con ellos espantado el mundo. Finalmente siendo de edad de cincuenta y nueve años, y habiendo gobernado su obispado por espacio de veinte y ocho, supo por revelacion la hora de su muerte, y despues de haber hecho una exhortacion al pueblo, enfermó de calenturas, y dió el espíritu á su Criador, cerca de los años del Señor 73 y 40 de la Ascension.

A S. Marcial tienen mucha devocion en algunas partes de Ca-

taluña, especialmente en las montañas de Monseny, donde hay una iglesia dedicada á su santo nombre. (Domenec, *hist. de los Santos de Cataluña.*)

La misa es en honor del apóstol S. Pablo, y la oracion la que sigue:

O Dios, que alumbraste á los gentiles por medio de la predicacion del apóstol S. Pablo; suplicámoste nos concedas sea nuestro protector para contigo aquel, cuya fiesta celebramos. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 1 de la escrita á los Galatas.

Hermanos: Os hago saber que el Evangelio que yo he evangelizado no es cosa humana, porque yo no le recibí ni le aprendí de un hombre, sino por revelacion de Jesucristo. Porque vosotros habeis oído decir como me porté yo un tiempo en el judaismo: como perseguia á la Iglesia de Dios sobremañera, y la devastaba, y aprovechaba en el judaismo mas que muchos coetáneos míos de mi condicion, siendo el mayor zelador de mis paternas tradiciones. Pero cuando le agradó á aquel que me habia segregado desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia de revelarme á su Hijo para que yo le predicase á las gentes; inmediatamente no me aconsejé de la carne y de la sangre, ni fui á Jerusalem á aquellos que eran apóstoles antes que yo, sino que me fui á la Arabia: y volví segunda vez á Damasco, de allí á tres años despues fui á Jerusalem á ver á Pedro, y estuve con él quince dias, y no vi á ningun otro de los apóstoles sino á Santiago, hermano del Señor. Y en lo que os escribo, Dios es testigo de que no miento.

REFLEXIONES.

No siendo el Evangelio palabra de hombre sino palabra de Dios, ¡con qué respeto, con qué ansia, con qué docilidad se debe oír, y con qué fidelidad se debe obedecer! No nos le enseñó algun puro hombre; enseñónosle el mismo Jesucristo, hombre Dios: él nos descubrió sus misterios; él nos instruyó menudamente en su moral; él nos esplicó su doctrina; él nos intimó sus leyes. ¡Qué error! ¡qué estravagancia forjarse cada cual á su fantasía un nuevo sistema de religion, sin mas consulta que la de nuestra limitadísima razon y nuestro antojo! No nos descu-

brió el Salvador mas que un solo camino para ir al cielo: locura es presumir entrar en el por otro. Atórméntese cuanto quiera el entendimiento humano para hallar interpretaciones que favorezcan el amor propio; todas sus sutilezas y todos sus artificios sólo servirán para echar polvo en los ojos. Nuestra ley es el Evangelio: no hay otra regla de conducta que sus máximas; ninguna clase, ninguna condicion de hombres está exenta de observarlas; ninguna edad está dispensada; á ninguna esfera, á ninguna calidad de gentes se han concedido privilegios contrarios. Siendo, pues, el Evangelio la única regla de nuestra conducta, ¿qué camino llevan aquellos cuya conducta es tan opuesta á las máximas de Jesucristo? ¿pero hay por ventura muchos cuyos dictámenes, cuya conducta y cuyas costumbres sean conformes con estas santas máximas? La concupiscencia es vicio de todas las edades; la inclinacion á los deleites se anticipa al uso de la razon; las pasiones reinan con despotismo y con fiereza en todos los estados. Coteja con el Evangelio la profanidad, la delicadeza, la ociosidad y los pasatiempos de las mujeres del mundo; coteja con esta divina regla la ambicion, la codicia y la poca religion de la mayor parte de los mundanos; coteja con ella la vida imperfecta y sensual de muchos que hacen profesion de devotos. ¡Dios mio, qué desproporcion tan enorme, qué disforme, qué monstruosa contrariedad! En medio de eso, ¡esas mujeres disipadas, esos hombres entregados á sus gustos y esclavos de sus pasiones son de la religion de Jesucristo, esperan el mismo jornal que los obreros mas laboriosos, creen el mismo Evangelio! ¿Puede haber mas vergonzosa contradiccion de fe, de esperanza y de costumbres? Verdaderamente que este es un misterio de iniquidad, pero misterio fácilmente comprensible. A costumbres tan corrompidas corresponde una fe desmayada, y casi en la agonía. Si las obras son las fiadoras de la fe, si son la prueba mas concluyente de ella, ¿quién estrañará ya que el error cuente tantos parciales, que la herejía haga tantos progresos, que sea tan corto el número de los escogidos y tan escaso el de los verdaderos fieles de Jesucristo?

El Evangelio es del cap. 10 de S. Mateo, y el mismo que el diu xi, pág. 176.

MEDITACION.

De las pasiones.

PUNTO PRIMERO. — Considera que las pasiones son el gran mó-

vil de casi todas las acciones de la vida: son pocos los que no gimen bajo el yugo de su tiranía, y menos los que trabajan por sacudir de sí este yugo. Nacieron en el seno del amor propio, y el mismo amor propio las fomenta. Como son criadas de las casas mas antiguas que la virtud, preocupan la razon, y cuando la voluntad las quiere hacer resistencia, se alborotan contra ella; viven siempre de inteligencia con los sentidos, y tiranizan el alma: todos se quejan de su despotismo, pero al mismo tiempo todos las contemplan: deslumbran con la falsa brillantez de gustos aparentes; pocos dejan de reparar en el lazo; pero apenas uno deja de caer en él, y aun los mismos que desconfian caen en la red atolondradamente. ¿Qué mal hay en el mundo que no nazca de este emponzoñado origen?

Multitud de inquietudes, insaciabilidad de deseos, fondo sin suelo de disgustos: turbacion en las familias, guerras en los estados, injusticias, pleitos, querellas, violencias, crímenes enormes, herejías, cismas, parcialidades: todas las calamidades que cubren la tierra de luto y de amargura, todas son fruto de las pasiones. Obra suya es, por decirlo así, el infierno mismo. Aun las pasiones mas inocentes dan frutos amargos; y si duran bastardean. No habria vicios, si no hubiera pasiones; pues un hombre que quiere hacer algun uso de su entendimiento y de su fe, ¿ha de conceder treguas á un enemigo; de quien debe temer todo lo malo, que le ha de ocasionar tantos sinsabores, y que le ha de precipitar en la última desgracia?

La pasion es la que hace la guerra á la inocencia y á la virtud desde el principio del mundo. ¡Cuántos profetas antiguos persiguió! A ella deben su muerte muchos que la padecieron cruel: ella quitó la vida al mismo Jesucristo: esta es la idea mas cabal de lo que son las pasiones. La pasion de los escribas, de los sacerdotes y de los fariseos fué la que no quiso reconocer al Mesías en el Salvador; la que le calumnió en los tribunales, y la que le puso en una cruz. Habiendo tratado tan mal al Maestro, no se podia esperar que perdonase á los discípulos: no hubo santo que no fuese el objeto del odio y del furor de las pasiones; pocos que dejasen de ser víctimas de ellas. Y con todo, este es aquel enemigo de quien se desconfia tan poco; este es aquel á quien se fomenta, se ama, se halaga y se acaricia. Las pasiones nacen con nosotros, crecen con nosotros, y sin debilitarse con la edad, por lo comun acaban con nosotros. ¡Gran desgracia si nos acompañan hasta la muerte! Andamos jugueteando con estas bestias feroces; muerden siempre cuando halagan, y no se siente la mordedura. ¿Pero cómo no vemos el daño? ¿como es posible que

habiendo tanto tiempo que las pasiones están llenando al mundo de desdichas, no nos apliquemos á destruirlas y á aniquilarlas?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que solo con reflexionar un poco mas de cerca los funestos efectos de las pasiones, parece se encuentra un remedio eficaz contra ellas mismas. Esterminense las pasiones, ó dómense por lo menos, y estará tranquilo, se descubrirá siempre sereno el cielo del corazon. ¿De qué otro principio nacen las tinieblas que se levantan, y no solo le anublan, sino que en alguna manera le quitan toda la luz? Toda pasion ciega; y cuando llega á ser dominante, ella sola es la que aconseja, ella la que guía; ¡pero á qué errores, pero á qué desórdenes, pero á qué precipicios! Santo Dios, ¡cuántos males se siguen de este principio!

Pero entre todos los efectos de las pasiones ninguno mas violento, ninguno mas funesto que el espíritu del error. Ellas son la madre de las herejías: no hay mas que recorrerlas todas. Hallaránse las mismas causas y los mismos efectos; la pasion las engendró, la pasion las conservó, y nunca sobreviven á la pasion. El orgullo, la ambicion, la envidia, la venganza, la lujuria, el interés, el desquite: este es el origen de todas las sectas. Por mas que se quiera disfrazar la pasion, por mas que se pretesten otros motivos, por mas que se las quiera suponer otro principio, no hay que cansarse, la pasion dió á luz todas las herejías. En vano se intenta desnaturalizarlas; no pueden desmentir su nacimiento. Aunque no todas nacieron en un mismo tiempo, pero todas nacen debajo de una misma estrella, todas son de un mismo país, todas de un mismo genio. Por eso todas se parecen en muchas cosas; el mismo fin, el mismo objeto, los mismos artificios y el mismo espíritu. Si la pasion no cegára el entendimiento y el corazon, ¿serian menester otros discursos para que abriesen los ojos los que buscan la verdad? ¡En qué errores no vivia Saulo sumergido, y con qué furor no perseguia á los fieles! Con todo eso, él estaba muy persuadido á que todo aquello era puro zelo por la ley; fué menester un milagro para que conociese su error. ¡Oh, qué dificultosas son las conversiones de esta especie! ¡qué raras! ¡qué infrecuentes! En pasándose cierto tiempo, pocas veces se corrigen las pasiones.

¿Quién escita la desunion y el cisma en las familias? La pasion. Reinaria la amistad y la buena inteligencia entre muchas personas, si se hubiera tenido cuidado de domar con tiempo este enemigo de nuestra quietud y de nuestra salvacion. Seria dulce,

seria inocente la vida, si fuera menos inmortificada, si desde el principio se hubiese comenzado á luchar contra la pasion hasta vencerla. Toda nuestra aplicacion y todo nuestro conato debia dedicarse á oprimir este enemigo doméstico; pero léjos de eso se le halaga, se le fomenta, y nos familiarizamos mas con él cada dia.

Dadme, Señor, tan claro y tan vivo conocimiento de la malignidad de las pasiones y de las desdichas que causan, que no cese con vuestra divina gracia de combatir contra este enemigo mortal de mi eterna salvacion. Resuelto estoy á aplicarme á tan necesaria lucha el resto de mi vida, penetrado de un vivo y sincero dolor de haber vivido hasta aquí esclavo de mis pasiones.

JACULATORIAS. — ¡O Dios! esperanza única de mi salud, librame de las pasiones que me tiranizan, y perpetuamente ensalzare tus misericordias. (*Psalm. 50.*)

Espero, Señor, que rompereis los grillos de las pasiones que me tienen aprisionado, y ofrecere en agradecimiento sacrificio de alabanzas á vuestro santo nombre. (*Psalm. 115.*)

PROPOSITOS.

1 Son las pasiones, como se ha dicho, el gran móvil de las acciones humanas ó de la mayor parte de ellas: pocos se libran de su tiranía; son el sepulcro del espíritu y las tiranas del corazon; nacen con nosotros, y desdichado aquel que no sobrevive á ellas. Son tan enemigas de nuestro reposo, que, por decirlo así, no sosiegan ellas, mientras no nos ven llenos de turbacion. Nada las tranquiliza, porque nada las contenta: su asunto es consumir y desechar el alma con mil inquietudes, disgustos y pesadumbres. No hay edad exenta de ellas. ¿Eres niño? pues las pasiones son los resortes que hacen mover esa pequeña máquina. ¿Eres jóven? es la edad en que ellas reinan con mayor vigor y con mayor imperio. ¿Eres hombre maduro? nunca mas fuertes que entonces: es verdad que la reflexion modera tal vez los ímpetus y el fuego, pero el veneno no le estraer. Retíranse las mas aturdidas para ceder el lugar á las mas peligrosas: no son las menos temibles aquellas que hacen menos ruido: una malignidad disimulada y taciturna asegura tanto mas el golpe, y es tanto mas nociva, cuanto es menos descubierta: la vejez debilita las fuerzas del cuerpo y del espíritu, mas no las de las pasiones. Esta es una leccion muy importante para tí. ¿Has trabajado mu-

cho hasta ahora en vencer y en domar esos antiguos enemigos tuyos que se te han hecho domésticos y familiares? ¿de dónde nacen esas miserias, esas aversiones, esas enviduelas, ese mal humor, esos arrebatamientos, esa ambicion, esa concupiscencia, esa poca devocion y aun poca religion? ¿de dónde esa inquietud, ese desasosiego, esa turbacion y todo lo que tanto te hace gemir interiormente? Tus pasiones te tiranizan: las perdonaste, las lisonjeaste, las consentiste y las acariciaste, y ahora te dan el pago. Trátante como á esclavo, y las serás deudor de tu eterna desdicha. Toma hoy una eficaz y generosa resolucion de sacudir desde luego tan vergonzosa servidumbre; ó ellas te han de perder, ó tú las has de esterminar: para eso tienes en tu mano todos los auxilios necesarios, y estas mismas reflexiones son los mejores fiadores de esta verdad.

2 Ataca desde este mismo punto á tu pasion dominante. ¿Es la codicia ó la avaricia? pues paga hoy mismo á tus criados, satisface á tus oficiales, y además de eso da alguna limosna. ¿Es la inclinacion al juego? propon abstenerte de él en todo un mes. ¿Es el amor al regalo, á la comodidad y á la delicadeza? im- ponte alguna mortificacion particular, que repitas algunas veces cada semana. ¿Es el mal humor ó la cólera? déjate pudrir antes que descomponerte. ¿Es la envidia y la vanidad? estudia en alabar á todos, y jamás te descuides en espresion que pueda ceder en alabanza propia. ¿Es la pasion de la venganza? hoy mismo has de buscar á tu enemigo, le has de perdonar de corazón, y esta victoria te librá de esa esclavitud. Acaso tiene Dios como vinculada tu salvacion á esta generosidad; y desde luego te pronostico que experimentarás el consuelo y la dulzura de una accion tan valerosa.

ADICIONES.

DIA 10 DE JUNIO.

SANTA OLIVA DE PALERMO, VÍRGEN Y MÁRTIR, PATRONA DE OLESA DE MONSERRATE, OBISPADO DE BARCELONA.

SANTA Oliva, una de las vírgenes mas ilustres que han florecido en el jardin ameno de la Iglesia en los primeros siglos de su establecimiento, á quien celebran muchos escritores nacio-

nales y extranjeros con los mas altos elogios, y cuya memoria será siempre grata á la religion; nació en Palermo, ciudad metrópoli de Sicilia en el reino de Nápoles, el año del Señor 442 de padres muy distinguidos por su nobleza y eminentes virtudes. Estos se aplicaron con el mayor desvelo á dar á la ilustre niña una crianza propia de su piedad, como de su alto nacimiento. No salieron frustradas sus esperanzas á esos afortunados padres, pues que tuvieron el gusto de ver en su hija un templo vivo del Señor, ansiosa siempre de llegar á la cumbre de la mas alta perfeccion.

Contaba esta tierna niña la edad de trece años, cuando el impío Genserico rey de los vándalos, con un formidable ejército, que trasportó del Africa, invadió la Sicilia y entró por asalto á la ciudad de Palermo. Sus habitantes unos son pasados á cuchillo, martirizados otros, saqueados sus bienes, incendiadas sus casas, arrancados los santos prelados de sus sillas, profanados los templos, destrozadas las imágenes de los santos y los cristianos que escaparon con vida fueron llevados cautivos al Africa. Sta. Oliva fué del número de estas ilustres víctimas, la cual luego que llegó á Tunez fué puesta á disposicion del pérfido Amira, gobernador de la ciudad. Este tirano se valió de todos los medios imaginables para pervertir á la santa doncella, y hacerla abjurar de la fe, y que abrasase la secta arriana; pero viendo que ni las caricias ni los halagos, lo mismo que los desprecios, las burlas y los escarnios, no servian sino para encenderla mas y mas en el amor á la religion que profesaba, y que todos sus desvelos se dirigian á mantener firmes y constantes en la fe á sus conciudadanos cautivos, animándoles con sus exhortaciones y santos ejemplos, confirmándolos con estupendos milagros, y con la conversion de innumerables gentiles; mandó azotarla con rigor, y pasearla ignominiosamente por las plazas y calles de Tunez; y no atreviéndose por respeto ó por temor á quitarle la vida, la desterró á unos bosques horrorosos para que allí fuese despedazada de las fieras.

Pero aquel Señor que tiene tan particular cuidado de los que se entregan á su amorosa providencia con entera confianza, trasformó aquel bosque espantoso en un paraíso de delicias. Las fieras mas indómitas se volvieron mansos corderos; las víboras, los insectos, las aves de rapina se domesticaron con Oliva de un modo inesplicable; los cortesanos del cielo la visitaban con frecuencia, y su alma enajenada en la contemplacion de las divinas grandezas y perfecciones del Ser Supremo, anhelaba el momento de unirse á su amado.